

Sucesos alrededor de mi muerte

Paula Andrea Lopera Mesa

Yo estaba enterrando a mi madre en un sueño. Cálidamente la arropé con su viejo chal preferido, maquillé sus uñas, peiné su cabello negro, besé su rostro extrañamente joven, casi aniñado. Todo lo hice estando ella dentro del ataúd abierto, en el piso del cementerio, con el hueco frío en la pared esperando ser bloqueado. A lo lejos escuché un ruido de vajilla rota, adiviné un conjunto grande de platos, vasos, tazas, todo al tiempo se rompió. Me asusté por un momento; con el sobresalto noté mis manos y vi que eran las de ella, pecosas y arrugadas, con el anillo dorado resplandeciendo en el anular, las uñas cortas y de color rosado nacarado, vi las de ella y eran las mías, flacas y lisas, con las uñas recién pintadas de color rojo como me gustan a mí, asustada me llevé las viejas manos a mi cabeza y noté su pelo corto, las orejas grandes con sus perforaciones rasgadas, en mi cara toqué la cara triste de mamá, entonces lloré, lloré por la mamá que era, la que con cuidado arropaba a quien lucía como su hija, y lloré por la hija viva, que enterraba un cuerpo que lucía como el de ella, fui doblemente madre, fui doblemente madre, yo, que nunca lo seré.

Mamá me trajo el chocolate como todas las mañanas, lo recibí de sus manos adornadas con uñas nacaradas, llevaba su cabello corto, sus orejas con temor sostenían unos diminutos aretes que casi se columpiaban. Mamá repetía actos que se volvían costumbres, los tejía con gran cuidado, en silencio los pulía, siempre impecables, brillosos, con ellos adornaba la casa y mi corazón. Me puso la taza en las manos y dio la espalda

haciendo un leve movimiento a su chal café. Las manos se me juntaron sin agarrar la taza, atravesaron el líquido, se atravesaron entre ellas, la taza suspendida en el aire expedía el humo acanelado del chocolate caliente, entonces alcé mi voz, para llamarla, para mostrarle lo que pasaba, pero la voz no me salió del cuello, un graznido escuché a lo lejos, un grito animal a la par con mis intentos de hacerme notar, como si mi deseo de gritar le diera la orden para expulsarse en otro sitio. Se me difuminó mamá a lo lejos, entró a un terreno neblinoso, me dejó ahí, sola con una taza flotando en frente. Bajé los ojos para buscarme el cuerpo y vi pedazos de él que se confundían entre las sábanas y la cama, como pequeñas figuras transparentes que se disgregaban y se unían para formarme y deformarme. Aún estoy dormida; si espero con paciencia pronto despertaré, pensé. Sentí transcurrir el tiempo, pero no pasaba nada, la misma taza humeante, mi mismo cuerpo escurridizo, el mismo espacio nublado por el que se fue mamá. Intenté gritar otra vez, pero la voz seguía atascada, de nuevo oí el graznido a lo lejos: era el canto desesperado de una urraca que respondía a mi esfuerzo por expulsar palabra, el canto chillón que me embotaba la cabeza ahora se me presentaba como la única esperanza de despertar. Entonces me obligué a gritar más fuerte y el sonido se agudizó, más escandaloso, más chillón, un pitazo largo hizo vibrar la habitación hasta que explotó la taza, estruendosamente, como si todas las tazas de la casa estuvieran contenidas en ella, como si todas las vajillas de muchas casas estuvieran reunidas en ella.

Mamá me despertó para almorzar, me sobé la mejilla que me había tallado la grama húmeda de nuestro jardín. “Mira, es una urraca, llevaba días intentando cazarla hasta que por fin”, dijo mamá. Sus pequeños ojos le brillaron, sus ojos pardos que tan lindo juego le hacían con su chal, con su sonrisa modesta, con sus acciones diminutas que dotaban a la casa de una gran significación. Llevaba el animal en una mano, con la otra le daba de comer un puñado de lombrices.

Una hermosa vajilla decoraba la mesa, un plato grande para cada alimento, una torta de duraznos en el centro, mantel nuevo, parecía un festín. Comimos sin hablar, la urraca sobre la mesa escarbaba insectos de una montaña de tierra, picoteaba y me miraba, tragaba y me miraba, cuando terminó de comer, me miró fijamente hasta intimidarme; sentí que con su mirada fija y su pecho erguido estaba reclamando mi lugar. Mamá no me miraba, sus ojos se posaban en ella, como admirando su negro plumaje, maravillada por sus formas. Llevé los platos a la cocina. Mientras los lavaba el ave se me posó en un hombro, la ignoré, pero sentía que me miraba, quemándome la mejilla, como queriendo hurgar en mi cabeza. Sequé cada pieza y las puse en la estantería, di media vuelta bruscamente, buscando que el ave se fuera. Ante mi movimiento la urraca voló, a su aleteo ruidoso lo acompañó un canto chillón, aturdidor, graznidos desesperados llenaron el lugar, me tapaba los oídos, gritaba más, era un ruido muy superior a su tamaño, como si el impulso le llegara de otro lugar. Entonces recordé mi cuerpo deforme tendido en mi cama, el cuerpo que obligaba al ave a gemir para poder despertar. Quise callarla, traté de golpearla, chillaba más, sus ojos le brotaban dentro de pequeñas cuencas rojas, aleteaba en un solo lugar y gritaba. Mi cabeza



no soportaba el ruido, desesperada abrí la estantería, abracé la vajilla como pude y se la tiré, estruendosa se rompió. Recordé el sonido lejano de una vajilla rota mientras enterraba a mamá y grité, grité fuerte, mi grito y el del ave se hicieron un solo pitido prolongado.

Vi caer mi cuerpo, entre aleteos, graznidos y vidrios rotos. Mi cuerpo débil, de cabellos tan largos, piel blanca y apariencia infantil, luego vi que mi madre me envolvía cálidamente entre su chal preferido, arrodillada me peinaba y me pintaba las uñas de rojo intenso, allí estaba yo, dentro de un ataúd abierto y con mi madre llorando, tocando su rostro desesperada, tratando de adivinar las facciones de su cara.

Paula Andrea Lopera Mesa es licenciada en Filosofía y Especialista en Psicología de las Organizaciones. “Más que una escritora, se considera con una vocación de lectora y exploradora literaria, con un énfasis especial en las narrativas de estilo cuentístico donde se funden realidad y fantasía”.